

paban de un lado, escribiendo ese libro de las inspiradas sibilas, que contiene los oráculos de lo porvenir y prepara el advenimiento de los futuros tiempos; mientras la superstición de lo pasado, con sus ojos convertidos atrás y su enemiga implacable á toda innovación y á todo progreso, los principios hieráticos de la casta sacerdotal, petrificada entre los ídolos, fríos como el granito, y la tradición, helada como las momias, iba levantando ese muro de resistencias invencibles y de tradiciones insuperables, que viene á mellar y destruir el impulso de las creadoras progresivas ideas.

CAPÍTULO XI

COLÓN ANTE LOS REYES CATÓLICOS

QRECISA penetrarse mucho de la clasificación en los espíritus, anteriormente dicha, para comprender las relaciones del descubridor con los Monarcas, vistos por él á comienzos del año 1488. El mucho vagar que había desde su partida de Portugal tenido, y el poco provecho granjeado en las consultas de Sevilla y el Puerto, debieron agravar su pobreza, pues iba tan pésimamente trajeado, que le llamaban el extranjero de la capa raída. // En estas condiciones de fortuna escasísimas se presentó ante aquel matrimonio de notoria selección, en quien las aptitudes y las propensiones más opuestas, combatiéndose y negándose mutuamente, se completaban y producían un equilibrio parecido al que recibe de las fuerzas contrarias el universo y una luz muy análoga con la que dan dos electricidades opuestas al

relámpago. Fernando parecía el raciocinio hecho hombre, mientras Isabel parecía la inspiración hecha mujer. En él predominaba un criterio político y en ella un criterio moral. Fernando, como andaba siempre por el suelo de la realidad, veía los obstáculos; Isabel, como volaba por el cielo de las idealidades, no veía sino luz y estrellas. El Rey, piadoso, creía, no obstante su piedad, en las obras, y profesaba el dogma de ayudar á la providencia de Dios, aunque pareciera muy favorable á sus proyectos; Isabel, exaltadísima, confiaba en la esperanza y en la oración. Presentía y profetizaba ésta, mientras aquél preveía y calculaba. Espontaneidad en todo la Reina y en todo reflexión el Rey. Ella iba por los caminos del bien al bien mismo; importábanle á él poco los embustes, los engaños y, en caso de necesidad, los delitos. La Reina se parecía de suyo á las damas ideadas por los caballeros andantes, cuyos labios no podían decir una palabra deshonesta y cuya inteligencia no podía idear nada erróneo ni malo, santas como los bienaventurados en el cielo y purísimas como en los altares la Virgen Madre de Dios. Fernando, valerosísimo y guerrero, sumaba con fuerzas de león instintos de zorra. Quizás no hayan conocido las edades un héroe tan enérgico y tan astuto. Cautela mostraba él sobre todo, mientras sobre todo mostraba ella confianza. Él era una inteligencia, ella era un corazón. Las combinaciones políticas le agradaban á él, y á ella los altos sentimientos. Él no tomaba resolución alguna sino tras una serie graduada y medida de impulsos y de cálculos que le suministrasen la certidumbre del apetecido logro, mientras

ella veía en los éxtasis y en los delirios de su natural misticismo la realización de sus esperanzas más engañosas é ilusorias. Isabel gustaba de aumentar el número de sus vasallos para poseer un dominio sobre las almas que le permitiese aumentar los cristianos en el mundo y los escogidos en el cielo; á Fernando le gustaba también que la Iglesia creciese y la cristiandad se aumentase; pero ponía sobre tales satisfacciones religiosas las provinientes de la dominación y de la conquista. Hija Isabel de un rey literato y de una inglesa que murió en la demencia, veía con mucha facilidad las ideas, y por ellas exaltábanse á la continua sus nervios, sobreexcitados al calor de la fe viva en lo ideal. Hijo Fernando de un rey como Juan II de Aragón, pendenciero y astuto, así como de una mujer varonil y ambiciosa, heredó de su padre la mezcla del temperamento político y del temperamento guerrero, y de su madre aquella increíble ambición que le llevó á meter por conquistas ó por casamiento dentro de su familia y de su patria Italia, Portugal, Borgoña, Flandes, Holanda, el Rosellón y la Cerdaña, media Francia, Inglaterra é Irlanda y el Imperio de Alemania. Pero si obtuvo esto por el cálculo tan grande hombre, la divina mujer obtuvo por el sentimiento y la fe unir las cifras de su nombre á una nueva creación. Fundaron los dos la Inquisición: Fernando por razones políticas, Isabel por razones religiosas. Conquistaron los dos, Isabel Granada para su Castilla, Fernando Navarra para su Aragón. La conquista de Granada es un libro de caballería; la conquista de Navarra es un capítulo de Maquiavelo. Con la

una expulsó Isabel á los moros y con la otra expulsó Fernando á los franceses de nuestra Península. Los poemas del santo Graal brillan en la vega, y en el Pirineo prevalece la razón de Estado. «Quien ignora el arte de fingir, decía Fernando, ignora el arte de reinar.» Así la indiferencia suya tenía mucho de la fatalidad y del destino. Isabel creía que para dirigir bien á los pueblos hay que amarles mucho y para triunfar en el mundo hacer el bien siempre y decir siempre la verdad. Para el Rey, ningún grande negocio sin graves dificultades y peligros; para la Reina, ningún peligro y ninguna resistencia siempre que ideas luminosas dirigieran la firme voluntad. Enérgico y perseverante, Fernando imaginaba toda energía y toda perseverancia limitadas por lo imposible, bien fuera fundamental, bien fuera circunstancial; la Reina jamás creyó en lo imposible cuando mediaba el auxilio de Dios alcanzado por la oración y por la penitencia. El valor en Fernando era frío, en Isabel entusiasta y ardiente; la previsión reflexiva resultaba en él certera, como en ella las adivinaciones hipnoblésicas. Isabel persuadía; Fernando trataba de persuadir, y de serle imposible, no persuadía, compraba. ¡Cuántas veces en arduos negocios que hubieran podido resolver las guerras, apelaba, para que lo dejaran en paz, al dinero! La Reina creía tan incapaces de malas acciones y de malas ideas á los demás como á sí misma. La gratitud más cariñosa dominaba en su vida, mientras en Fernando la ingratitud más implacable. Aun las severidades anejas á su cargo templaba Isabel con sus bondades, mientras Fernando, siempre que lo exigía el

bien de sus Estados, llegaba sin esfuerzo á la crueldad. Sin embargo, él antepuso á la fuerza la destreza y á la guerra el trabajo para dominar, mientras Isabel, con los ojos puestos en su estrella, dominó siempre por la virtud creadora del genio. La franqueza trascendía en todos los actos de Isabel y en los de Fernando el disimulo. La historia fué la musa de Fernando, y la fe, de Isabel. La impasibilidad prevalecía en el uno y en la otra una inextinguible pasión.

Era Isabel un misterio sobrenatural casi, Fernando la industria humana. Isabel cerraba los siglos medios, Fernando inauguraba la política de gabinete moderna. En ella reinaba divina efusión y en él suma templanza. Grandes los dos; pero la grandeza de Isabel más clara y visible, mientras la de Fernando más recóndita y extraña. Para penetrar su espíritu, necesitase pensar que brilló junto á un astro tan de primera magnitud en los cielos del tiempo, como Isabel I. Ésta comprendió su destino providencial desde un principio, y nunca le fué infiel; Fernando traicionó su propio nombre cuando pretendió, ya casado, elevarse por su naturaleza de varón y por su derecho de primogenitura, con detrimento de la esposa incomparable, al trono de Castilla; y cuando viudo, pretendió primero casarse con la Beltraneja y se casó luego con Germana de Foix en busca de un heredero legítimo, cuyo nacimiento y cuyos derechos rompieran la unidad interior del Estado, á tanta costa conseguida. En virtud y por obra de ambos temperamentos, procedieron de su respectiva suerte y manera Isabel y Fernando con Cris-

tóbal Colón; entusiasta como siempre la primera, y el segundo como siempre, cauteloso, precavido, taimado, con reservas. Él calculaba lo que podía costar la empresa y lo que podía traer; ella sólo pensaba en que los dominios de su Castilla idolatrada crecían y las gentes cristianas se aumentaban. Amén de todo esto, el Océano debía tentar á la Reina de Castilla, porque al Océano iban á dar todas sus empresas y todas sus conquistas, como al Océano sus ríos capitales: el Tajo, y el Duero, y el Guadalquivir y el Miño. Bien al revés para Fernando: sus conquistas desaguaban, como el Ebro, como el Llobregat, como el Segura, en cuyas bocas pusiera D. Jaime sus barras, como el Turia, en las celestes aguas mediterráneas. Las posesiones insulares de Isabel eran sus Canarias; las posesiones insulares de Fernando se dilataban de las Baleares á Sicilia. Fernando sólo soñaba con Italia, é Isabel con África. De aquí el uno volvía á lo pasado, mientras á lo porvenir la otra. Pero ambos á dos tuvieron una grandeza desmesurada, porque tomaron la estatura de una idea y sirvieron por distintos caminos y con cualidades contradictorias al espíritu vivo y al pensamiento capital de su creadora edad. La unidad del Estado, la unidad del territorio, la unidad del derecho se imponían entonces, y á conseguirla consagraron todos sus esfuerzos, por lo cual, amén de adquirir gloria propia, sirvieron á su nación y á su tiempo. Se habían los nobles repartido el territorio, y ellos incorporaron cuantos feudos pudieron á la Corona; el Poder se había roto en pedazos y dividídose y desmenuzándose á mansalva entre las manos

de soberbios magnates generadores de anarquía escandalosa, y ellos le devolvieron al Poder su augusta indispensable autoridad; el ejército estaba en manos de las Órdenes militares una fracción, en manos del monstruo feudal otra fracción, y otra en manos de las Repúblicas municipales, y ellos, alzándose con las grandes maestranzas, y estableciendo la Santa Hermandad, iniciaron la necesaria concentración de toda fuerza en el Gobierno; administrábase justicia por tribunales en quienes la jurisdicción propia no era clara, ni patente la legalidad, y ellos establecieron las Chancillerías, encargadas de ir elaborando lentamente la unidad indispensable del derecho; desde Gregorio VII los Papas habían invadido las regalías naturales del pueblo español en términos de hallarse fundado un absolutismo eclesiástico, y ellos tomaron disposiciones respecto de las sedes, muy análogas á las que habían tomado respecto de las Chancillerías, poniendo así la unidad civil y política sobre la Iglesia misma, de suerte que fueron los fundadores del Estado moderno, bajo cuyos auspicios había de brotar tres siglos más tarde, al calor de la libertad, nuestra impersonalísima unidad nacional. Así no parece mucho que les devolviera el espíritu de su tiempo en glorias las prosperidades mismas que le habían granjeado ellos con sobrehumanos esfuerzos, y pudieran expulsar á los últimos nazaritas de Granada y á los últimos Albrets de Pamplona; preparar la unión estrecha con Portugal y readquirir el Rosellón y la Cerdeña; extender sus dominios por las costas continentales de la Magna Grecia y por las costas continenta-

les de la inexplorable África; en su corona robustecer Sicilia y para su corona recuperar Canarias; aliarse con potentados tales como los Duques de Borgoña, y Flandes, y como los Reyes de Inglaterra, mediante lo cual extendieran los blasones de sus inmediatos descendientes desde las orillas del Danubio á las desembocaduras del Rhin y del Escalda, humillando el orgullo de poderosos vecinos y convirtiendo en hispano el sacro Imperio germánico: milagrosísimas obras, ó concluídas ó preparadas por ellos; pero que todas llegan á borrarse como las estrellas en el sol, en aquella otra increíble, cuando á los diez meses de haber la cruz cristiana resplandecido en el torreón de la Vela, surgen, como por encanto, nuevas islas y nuevas tierras en los espacios del mar, de nadie aquí, en el viejo mundo, conocidas, y en cielos nunca por los europeos antes vistos, en cielos nuevos, constelaciones resplandecientes y estrellas innumerables, como si para premiar nuestros combates y nuestros esfuerzos hubiera Dios querido engrandecer la tierra y renovar la creación.

Pero tales cosas épicas piden, para ser bien alcanzadas en todo su conjunto, que las miremos desde cierta distancia en el tiempo, quien acaba con lo fugaz y con lo chico pronto, pero engrandece lo magno de suyo, eternizando lo verdaderamente perdurable. Por eso quedará el modo mejor de celebrar la invención del Nuevo Mundo á la epopeya. Estos enormes cuerpos solares del tiempo, como los enormes cuerpos solares del espacio, se ven mejor con el telescopio de la poesía que con el microscopio de la historia. Más bien que referirlos debiéramos

cantarlos. Pero no hay remedio: en la Historia se busca lo particular y lo mínimo, el análisis, mientras en la epopeya lo universal y lo eterno, la síntesis. Por eso debemos referir con tristeza cuanto Colón padeciera con acerbidad en la consecución de su obra. Los Reyes le oyeron según sus respectivas índoles: Isabel con entusiasmo y Fernando con reserva. Pero la reserva de éste y el entusiasmo de aquélla debían dar iguales resultados: una indispensable dilación. La reconquista de Granada no consentía otro expediente. Imposible divertir de tal objeto supremo los regios ánimos. Así defirieron el asunto al confesor de la Reina, fray Hernando de Talavera. Dadas nuestras ideas y nuestras costumbres, difícilísimo comprender un verdadero confesor del siglo décimoquinto, consejero nato y supremo de los Reyes en el apartamiento de sus confesonarios. Fray Hernando de Talavera, primero prior del monasterio de Prado, en Valladolid, Obispo de Ávila más tarde, y por último Arzobispo de Granada, sentado en el confesonario creía su silla más alta que los tronos, y se juzgaba él dispensador á sí mismo de la salud terrenal y eterna de los Reyes. En la primer confesión ya tuvo un altercado con la Reina, pues indicando ésta que podía confesarse de pie ó sentada, le dijo aquél que no, que de hinojos á las plantas del confesor. Podía, pues, llamársele tanto Ministro de Estado como Ministro de Hacienda, y tanto Ministro de Hacienda como Ministro de Instrucción y de Bellas Artes, dejando á un lado el ministerio de las buenas costumbres. Isabel, así encomendaba el arreglo á su celo de la Deuda,